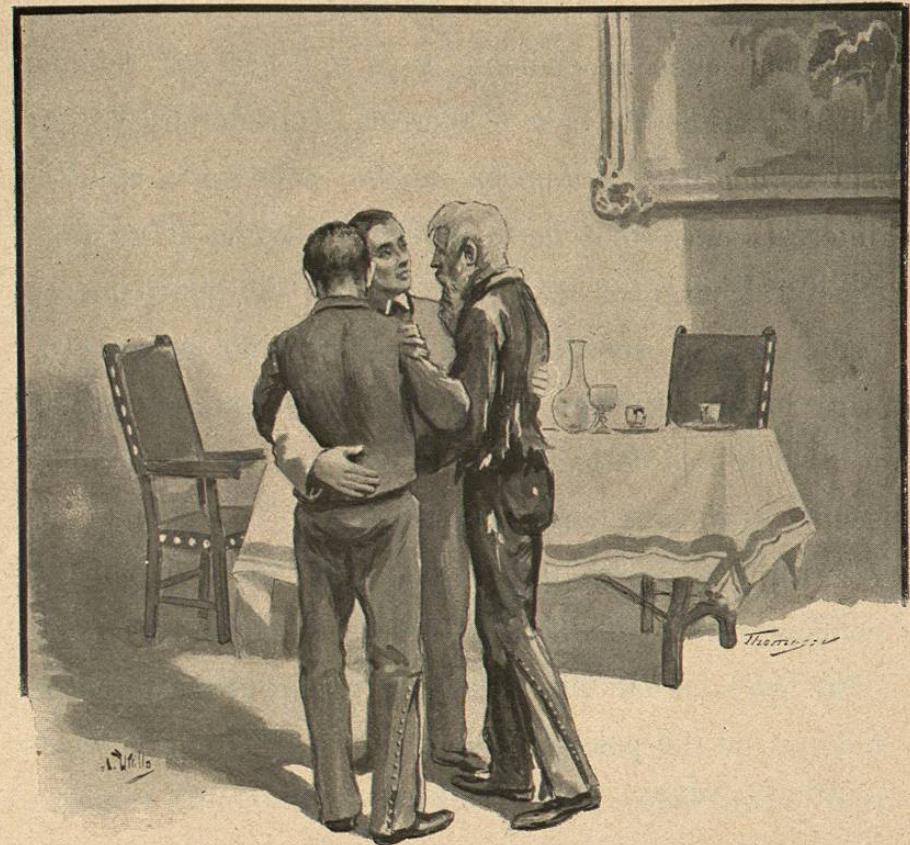


pondía ambigua ó negativamente; de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un impensado accidente proporcionó descubrir quién era en realidad este sujeto.



### CAPÍTULO XIII

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste, y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable

Aunque mi cajero era, como he dicho, muy hombre de bien, exactísimo en el cumplimiento de su obligación, y poco amigo de pasear, los domingos que no venía yo á la ciudad cerraba la tienda por la tarde, tomaba mi escopeta, le hacía llevar la suya, y nos salíamos á divertir por los arrabales del pueblo.

Esta amistad y agrado mío le eran muy satisfacto-



rios á mi buen dependiente, y yo lo hacía con estudio; pues á más de que él se lo merecía, consideraba yo que sin perder nada granjeaba mucho, pues veía aquellos intereses más como de un amigo que como de un amo, y así trabajaría con más gusto. Jamás me equivoqué en este juicio, ni se equivocará en el mismo todo el que sepa hacer distinción entre sus dependientes, tratando á los hombres de bien con amor y particular confianza, seguro de que los hará mejores.

En una de las tardes que andábamos á caza de conejos, vimos venir hacia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera, que por más que hicimos no fué posible detenerlo; antes, si no nos hacemos á un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad.

Lástima nos daba el pobre jinete, á quien no valían nada las diligencias que hacía con las riendas para contenerlo. Creímos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y más cuando vimos que, desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda, y encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla, y no pudiendo, cayó en tierra, cogiendo debajo la pierna del jinete.

El golpe que el caballo llevó fué tan grande, que pensamos que se había matado y el jinete también, porque ni uno ni otro se movían.

Compadecidos de semejante desgracia corrimos á favorecer al hombre; pero éste, apenas vió que nos acercábamos á él, procuró medio enderezarse, y arrancando una pistola de la silla, la cazó, dirigiéndonos la puntería, y con una ronca y colérica voz nos dijo: — Enemigos malditos de la especie humana, matadme si á eso venís y arrancadme esta vida infeliz que arrastro... ¿Qué hacéis, perversos? ¿Por qué os detenéis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida, que detesto, ni son los brutos capaces de hacerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, á vosotros está reservado el destruir á vuestros semejantes.

Mientras que aquel hombre nos insultaba con estos y otros iguales baldones, yo lo observaba con miedo y atención, y cierto que su figura imponía temor y lástima. Su vestido negro y tan roto, que en partes descubría sus carnes blancas; su cara descolorida y poblada de larga barba; sus ojos hundidos, tristes y furiosos; su cabellera descompuesta; su voz ronca; su ademán desesperado, y todo él manifestaba el estado más lastimoso de su suerte y de su espíritu.

Mi cajero me decía: — Vámonos, dejemos á este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla á este monstruo.— No, amigo, le dije; Dios, que ve nuestras sanas intenciones, nos la guardará. Este infeliz no es ingrato como usted piensa. Acaso nos



juzga ladrones porque nos ve con las escopetas en las manos, ó será algún pobrecito que ha perdido el juicio, ó está para perderlo por alguna causa muy grave; pero sea lo que fuere, de ninguna manera conviene dejarlo en este estado. La humanidad y la religión nos mandan socorrerlo. Hagámoslo.

Esto platicamos fingiendo que no lo veíamos y que queríamos retirarnos, mientras él no cesaba de injuriarnos lo peor que podía; pero viendo que no le hacíamos caso y le teníamos vueltas las espaldas, procuró sacar la pierna azotando con el látigo al caballo para que se levantara; mas éste no podía, y el hombre, deseando desquitar su enojo, le disparó la pistola en la cabeza, pero en vano, porque no dió fuego.

Entonces registró la cazueleja, y hallándola sin pólvora, trataba de cebarla, cuando, aprovechando nosotros aquel instante favorable, corrimos hacia él, y afianzándole los brazos, le quitó mi cajero las pistolas, yo alcé al caballo de la cola y sacamos de esta suerte de debajo de él al triste roto, que, enfurecido más con la violencia que reconocido al beneficio que acababa de recibir, se esforzaba á maltratarnos, diciéndonos:— Os cansáis en vano, ladrones insolentes y atrevidos. Nada tengo que me llevéis. Si queréis el caballo y estos trapos, lleváoslos, y quitadme la vida como os dije, seguros en que me haréis un gran favor.

—No somos ladrones, caballero, le dije; somos unos hombres de honor, que paseándonos por aquí hemos visto la desgracia de usted, y obligados por la humanidad y la religión, hemos querido aliviarlo en su mal, y así no pague con injurias esta prueba de la verdadera amistad que le profesamos.

—¡Bárbaros! nos respondió el hombre puesto en pie; ¡bárbaros! ¿aún tenéis descaro para profanar con vuestros impuros labios las sagradas voces de honor, amistad y religión? ¡Cruelles! Esas palabras no están bien en la indigna boca de los enemigos de Dios y de los hombres.

—Seguramente este pobre está loco, como usted ha pensado, me dijo mi cajero.

Entonces se le encaró el roto, y le dijo:—No, no estoy loco, indigno; pluguiera á Dios que jamás hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros.—¿De nosotros? preguntaba muy admirado mi cajero.—Sí, cruel, de vosotros y de vuestros semejantes.—¿Pues quiénes somos nosotros?—¿Quiénes sois? decía el roto; sois unos impíos, cruells, ladrones, ingratos, asesinos, sacrílegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, inicuos, malvados, y cuanto malo hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres, y no podéis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son. Sí, viles, sí; os conozco, os



detesto, os abomino; apartaos de mí ó matadme, porque vuestra presencia me es más fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco sino cuando miro á los hombres y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus procederes malditos, sus dobleces, sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Lejos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazón, conociendo que si no estaba loco, estaba próximo á serlo; y más lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecía al género humano, no procedía esta fatal misantropía de malicia de corazón, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente, cuando se acordaba de los agravios que le habían hecho sufrir algunos de los muchos mortales inicuos que viven en el mundo.

Al tiempo que hacía estas consideraciones, reflexionaba que no es buen medio para amansar á un demente oponerse á sus ideas, sino contemporizar con ellas, por extravagantes que sean; y así, aprovechando este recuerdo, le dije al cajero:—El señor dice muy bien. Los hombres generalmente son depravados, odiosos y malignos. Días há que se lo he dicho á usted, don Hilario, y usted me tenía por injusto; pero gracias á Dios que encontramos á otro hombre que piense con el acierto que yo.

—Tal es la experiencia que tengo de ellos, dijo el misántropo, y tales son los males que me han hecho.

—Si vamos á recordar agravios, le dije, y á aborrecer á los hombres por los que nos han inferido, nadie tiene más motivo para odiarlos que yo, porque á nadie han perjudicado como á mí.

—Eso no puede ser, contestó el misántropo; nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que usted mira. ¡Si supiera mi vida!...

—Si oyera usted mis aventuras, le contesté, aborrecería más á los pésimos mortales, y confesara que debajo del sol no hay quién haya padecido más que yo.

—Pues bien, decía; refiérame los motivos que tiene para aborrecerlos y quejarse de ellos, y yo le contaré los míos; entonces veremos quién de los dos se queja con más justicia.

Éste era el punto á donde quería yo reducirlo, y así le dije:—Convengo en la propuesta; pero para eso es necesario que vayamos á casa. Sírvase usted pasar á ella y contestaremos.

—Sea enhorabuena, dijo el misántropo; vamos.—Al dar el primer paso cayó al suelo, porque estaba muy lastimado de un pie. Lo levantamos entre los dos, y apoyándose en nuestros brazos lo llevamos á casa.

Fuimos entrando al pueblo, representando la escena



más ridícula, porque el enlutado roto iba rengueando en medio de nosotros dos, que lo llevábamos con nuestras escopetas al hombro, y estirando al caballo, cojo también, que tal quedó del porrazo.

Semejante espectáculo concilió muy presto la curiosidad del vulgo novelero, y como con la ocasión de haber fiestas en el pueblo había concurrido mucha gente, en un instante nos vimos rodeados de ella.

Algo se incomodó el misántropo con semejantes testigos, y más cuando uno de los mirones dijo en alta voz:—Sin duda éste era un gran ladronazo y estos señores lo han cogido, y lastimado lo llevan á la cárcel.

Entonces, brotando fuego por los ojos, me dijo:—¿Ve usted quiénes son los hombres? ¿Ve usted qué fáciles son para pensar de sus semejantes del peor modo? Al instante que me ven me tienen por ladrón. ¿Por qué no me juzgan enfermo y desvalido? ¿Por qué no creen que ustedes me socorren, sino que antes su caridad la suponen justicia y rigor? ¡Ah! ¡malditos sean los hombres!

—¿Quién hace caso, le dije, del vulgo, cuando sabemos que es un monstruo de muchas cabezas, con muy poco ó ningún entendimiento? El vulgo se compone de la gente más idiota del pueblo; ésta no sabe pensar, y cuando piensa alguna cosa es casi siempre mal, pues no conociendo las leyes de la crítica, discurre por las

primeras apariencias que le ministran los objetos materiales que se le presentan, y como sus discursos no se arreglan á la recta razón, las más veces son desatinados, y los forma tales con la misma ignorancia que un loco; pero así como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dieterios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla.

En esto llegamos á la casa; hice desensillar el caballo y dispuse que al momento lo curasen con el mayor esmero. Vinieron los albéitares, lo reconocieron, lo curaron; hice que le pusieran caballeriza separada; la mandé asear y que se le echara mucho maíz y cebada, y destiné un mozo para que lo cuidara prolijamente. Todo esto fué delante del misántropo, quien, admirado del cuidado que me debía su bestia, me dijo:—Mucho aprecia usted á los caballos.—Más estimo á los hombres, le dije.—¿Cómo puede ser eso, me dijo, cuando no há veinte minutos que me aseguró usted que los aborrecía?—Así es, le contesté; aborrezco á los hombres malos, ó más bien, las maldades de los hombres; pero á los hombres buenos como usted los amo entrañablemente, los deseo servir en cuanto puedo y cuanto más infelices son más los amo y más me intereso en sus alivios.

Al oír estas palabras que pronuncié con el posible